

Alzó Gayferos su espada,  
 un golpe le fué á dare  
 que la cabeza de sus hombros  
 á tierra la fuera á echare :  
 allí habló la condesa  
 llorando con gran pesare :  
 —¿Quién érades, los romeros,  
 que al conde fuistes matare?—  
 Allí respondió el romero,  
 tal respuesta le fué á dare :  
 —Yo soy Gayferos, señora,  
 vuestro hijo naturale.  
 —Aquesto no puede ser,  
 ni era cosa de verdade,  
 qu'el dedo, y el corazón  
 yo los tengo por señale.  
 —El corazón que vos tenéis  
 en persona no fué á estare,  
 el dedo bien es aqueste,  
 aquí lo veréis faltare.—  
 La condesa qu'esto oyera  
 comenzóle de abrazare :  
 la tristeza que tenía  
 en placer se fué á tornare.

## XVI

## Gayferos—III

(Anónimo)

Asentado está Gayferos  
 en el palacio reale ;  
 asentado está al tablero  
 para las tablas jugare.

Los dados tiene en la mano,  
 que los quiere arrojare,  
 cuando entró por la sala  
 don Carlos el emperante.  
 De que así jugar lo vido  
 empezóle de mirare ;  
 hablándole está hablando  
 palabras de gran pesare :  
 —Si así fuédesed, Gayferos,  
 para las armas tomare,  
 como sois para los dados,  
 y para tablas jugare,  
 vuestra esposa tienen moros,  
 iríadesla á buscare :  
 pésame á mi por ello  
 porque es mi hija carnale.  
 De muchos fué demandada,  
 y á nadie quiso tomare :  
 pues con vos casó por amores,  
 amores la han de sacare ;  
 si con otro fuera casada  
 no estuviera en catividade.—  
 Gayferos cuando esto vido,  
 movido de gran pesare  
 levantóse del tablero  
 no queriendo más jugare,  
 y tomáralo en las manos  
 para haberlo de arrojare,  
 si no por quien con él juega,  
 que era hombre de linaje :  
 jugaba con él Guarinos,  
 almirante de la mare.  
 Voces da por el palacio,  
 que al cielo quieren llegare ;  
 preguntando va, preguntando  
 por su tío don Roldane.

Halláralo en el patín,  
 que quería cabalgare :  
 con él era Oliveros  
 y Durandarte el galane,  
 con él muchos caballeros  
 de los de los doce pares :  
 Gayferos desde que lo vido  
 empezóle de hablare :  
 —Por Dios os ruego, mi tío,  
 por Dios os quiero rogare,  
 vuestras armas y caballo  
 vos me lo queráis prestare,  
 que mi tío el Emperante  
 tan mal me quiso tratare,  
 diciendo que soy para juego  
 y no para armas tomare.  
 Bien lo sabéis vos, mi tío,  
 bien sabéis vos la verdade,  
 que pues busqué á mi esposa  
 culpa no me deben dare.  
 Tres años anduve triste  
 por los montes y los valles  
 comiendo la carne cruda,  
 bebiendo la roja sangre,  
 trayendo los piés descalzos,  
 las uñas corriendo sangre.  
 Nunca yo hallarla pude  
 en cuanto pude buscare :  
 ahora sé que está en Sansueña,  
 en Sansueña, esa ciudade.  
 Sabéis que estoy sin caballo,  
 sin armas otro que tale,  
 que las tiene Montesinos,  
 que es ido á festejare  
 allá á los reinos de Hungría  
 para torneos armare,

y yo sin caballo y armas  
 mal la podré libertare ;  
 por esto os ruego, mi tío,  
 las vuestras me queráis dare. —  
 Don Roldán de qu' esto oyó  
 tal respuesta le fué á dare :  
 —Callad, sobrino Gayferos,  
 no querades hablar tale ;  
 siete años vuestra esposa  
 há que está en captividade ;  
 siempre os he visto con armas  
 y caballo otro que tale,  
 agora que no las tenéis  
 la queréis ir á buscare.  
 Sacramento tengo hecho  
 allá en San Juan de Letrane  
 á ninguno prestar armas,  
 no me las hagan cobardes :  
 mi caballo está bien vezado,  
 no lo querría mal vezare. —  
 Gayferos que esto oyó  
 la espada fuera á sacare ;  
 con una voz muy sañosa  
 empezara de hablare :  
 —¡Bien parece, don Roldán,  
 siempre me quisiste male !  
 Si otro me lo dijera  
 mostrara si soy cobarde ;  
 mas quien á mí ha injuriado  
 no lo váis por mí á vengare ;  
 si vos tío no me fuédes  
 con vos querría pelear. —  
 Los grandes que allí se hallan  
 entre los dos puestos se hane  
 hablado le ha don Roldán,  
 empezóle de hablare :

—¡ Bien parece, don Gayferos,  
 que sois de muy poca edade!  
 Bien oistes un ejemplo,  
 que conocéis ser verdade,  
 que aquel que bien os quiere  
 ese os quiere castigare.  
 Si fuérades mal caballero  
 no os dijera yo esto tale;  
 mas porque sé que sois bueno,  
 por eso os quise así hablare,  
 que mis armas y caballo  
 á vos no se han de negare,  
 y si queréis compañía  
 yo os querría acompañare.  
 —Mercedes, dijo Gayferos,  
 de la buena voluntade;  
 solo me quiero ir, solo,  
 para haberla de sacare:  
 nunca me dirá ninguno  
 que me vido ser cobarde.—  
 Luégo mandó don Roldán  
 sus armas aparejare;  
 él encubierta el caballo  
 por mejor lo encubertare;  
 él mesmo pone las armas  
 y le ayudaba á armare.  
 Luégo cabalgó Gayferos  
 con enojo y con pesare.  
 Pésale á don Roldán,  
 también á los doce pares,  
 y más al emperador  
 de que solo le vió andare;  
 y desque ya se salía  
 del gran palacio reale,  
 con una voz amorosa  
 llamáralo don Roldane:

—Esperá un poco, sobrino;  
 pues solo queréis andare,  
 dejédemes vuestra espada,  
 la mía queráis tomare,  
 y aunque vengan dos mil moros  
 nunca les volváis la haze:  
 al caballo dadle rienda  
 y haga á su voluntade,  
 que si él ve la suya  
 bien os sabrá ayudare,  
 y si ve demasia  
 d'ella os sabrá sacare.—  
 Ya le daba su espada,  
 y toma la de Roldane;  
 da de espuelas al caballo,  
 sálese de la ciudade.  
 Don Beltrán desque ir lo vido  
 empezóle de hablare:  
 —Tornad acá, hijo Gayferos,  
 pues que me tenéis por padre,  
 tan solamente que os vea  
 la condesa vuestra madre,  
 tomará con vos consuelo,  
 que tan tristes llantos hace,  
 y daráos caballeros  
 los que hayáis necesidad.  
 —Consoladla vos, mi tío,  
 vos la queráis consolare,  
 acuérdese que me perdió  
 chiquito y de poca edade;  
 haga cuenta que de entonces  
 no me ha visto jamase,  
 que ya sabéis que en los doce  
 corren malas voluntades,  
 y no dirán vuelvo por ruego,  
 más que vuelvo por cobarde,

que yo no volveré en Francia  
sin Melisendra tornare.—  
Don Beltrán de que lo oyera  
tan enojado hablare,  
vuelve riendas al caballo  
y entróse en la ciudade.  
Gayferos en tierra de moros  
empieza de caminar; ;  
jornada de quince días  
en ocho la fué á andare.  
Por las sierras de Sansueña  
Gayferos mal airado vae ;  
las voces que iba dando  
al cielo quieren llegare.  
Maldiciendo iba el vino,  
maldiciendo iba el pane,  
el pan que comfan los moros,  
mas no de la cristiandade :  
maldiciendo iba la dueña  
que tan solo un hijo pare ;  
si enemigos se lo matan  
no tiene quien lo vengare :  
maldiciendo iba al caballero  
que cabalga sin un paje ;  
si se le cae la espuela  
no tiene quien se la calce :  
maldiciendo iba el árbol  
que solo en el campo nasce,  
que todas las aves del mundo  
en él van á quebrantare,  
que de rama ni de hoja  
al triste dejan gozare.  
Dando estas voces y otras  
á Sansueña fué á llegare.  
Viernes era en aquel día  
los moros su fiesta hacen :

el rey iba á la mezquita  
para la zala rezare,  
con todos sus caballeros  
cuantos él pudo llevare.  
Cuando llegó Gayferos  
á Sansueña, esa ciudade,  
miraba si vería alguno  
á quien poder demandare :  
vido un cativo cristiano  
que andaba por los adarves ;  
desque lo vido Gayferos  
empezóle de hablare :  
—Dios te salve, el cristiano,  
y te torne en libertade,  
nuevas que pedirte quiero  
no me las quieras negare.  
¿Tú que andas con los moros  
dime si oíste hablare  
si hay aquí alguna cristiana,  
que sea de alto linaje?—  
El cativo que lo oyera  
empezara de llorare :  
—¡Tantos tengo de mis duelos,  
de otros non puedo curare !  
Que todo el día caballos  
del rey me hacen pensare,  
y de noche en honda sima  
me hacen aquí aprisionare.  
Bien sé que hay muchas cativas  
cristianas de gran linaje,  
especialmente hay una  
qu'es de Francia naturale :  
el rey Almanzor la trata  
como á su hija carnale :  
sé que muchos reyes moros  
con ella quieren casare :

por eso idos, caballero,  
 por esa calle adelante,  
 veréislas á las ventanas  
 del gran palacio reale.—  
 Derecho se va á la plaza,  
 á la plaza la más grande.  
 Allí estaban los palacios  
 donde el rey solia estare:  
 alzó los ojos en alto  
 por los palacios mirare,  
 vido estar á Melisendra  
 en una ventana grande  
 con otras damas cristianas,  
 qu'están en captividade.  
 Melisendra que lo vido  
 empezara de llorare,  
 no porque lo conociese  
 en el gesto ni en el traje,  
 mas en verlo con armas blancas  
 acordóse de los pares,  
 acordóse de los palacios  
 del emperador su padre,  
 de justas, galas, torneos,  
 que por ella solían armare.  
 Con voz triste y muy llorosa  
 le empezara de llamare:  
 —Por Dios os ruego, caballero,  
 queráisos á mí llegare;  
 si sois cristiano ó moro  
 no me lo queráis negare;  
 daros he unas encomiendas,  
 bien pagadas os serane:  
 caballero, si á Francia ides  
 por Gayferos preguntade,  
 decidle que la su esposa  
 se le envía á encomendare,

que ya me parece tiempo  
 que la debía sacare.  
 Si no me deja por miedo  
 de con los moros peleare,  
 debe tener otros amores,  
 de mí no lo dejan acordare:  
 ¡ los ausentes por los presentes  
 ligeros son de olvidare!  
 Aun le diréis, caballero,  
 por darle mayor señale,  
 que sus justas y torneos  
 bien las supimos acae.  
 Y si estas encomiendas  
 no recibe con solace,  
 daréislas á Oliveros,  
 daréislas á don Roldane,  
 daréislas á mi señor  
 el emperador mi padre:  
 diréis como está en Sansueña,  
 en Sansueña esa ciudade;  
 que si presto no me sacan  
 mora me quieren tornare:  
 casarme han con el rey moro  
 que está allende la mare:  
 de siete reyes de moros  
 reina me hacen coronare;  
 según los reyes me acuitan  
 mora me harán tornare;  
 mas amores de Gayferos  
 no los puedo yo olvidare.—  
 Gayferos que esto oyera  
 tal respuesta le fué á dare:  
 —No lloréis vos, mi señora,  
 no queráis asi llorare,  
 porque esas encomiendas  
 vos mesma las podéis dare,

que á mí allá dentro en Francia  
 Gayferos suelen nombrare.  
 Soy el infante Gayferos  
 señor de París la grande,  
 primo hermano de Oliveros,  
 sobrino de don Roldane,  
 amores de Melisendra  
 son los que acá me traen.—  
 Melisendra qu'esto vido  
 conociólo en el hablare,  
 tiróse de la ventana,  
 la escalera fué á tomare,  
 salióse para la plaza  
 donde lo vido estare.  
 Gayferos cuando la vido  
 presto la fué á tomare ;  
 abrázala con sus brazos  
 para haberla de besare.  
 Allí estaba un perro moro  
 por los cristianos guardare ;  
 las voces daba tan altas  
 que al cielo quieren llegare.  
 Al alarido del moro  
 la ciudad mandan cerrare :  
 siete veces la rodean,  
 no hallan por do escapare.  
 Presto sale el rey Almanzor  
 de la mezquita rezare :  
 veréis tocar la trompeta  
 aprieta y no de vagare,  
 veréis armar caballeros  
 y en caballos cabalgare,  
 tantos se arman de los moros  
 que gran cosa es de mirare.  
 Melisendra que lo vido  
 en una priesa tan grande,

con una voz delicada  
 le empezara de hablare :  
 —Esforzado don Gayferos  
 no querades desmayare,  
 que los buenos caballeros  
 son para necesidad :  
 ¡ si d'esta escapáis, Gayferos,  
 harto tenéis que contare !  
 ¡ Ya quisiera Dios del cielo  
 y Santa María su madre  
 fuese tal vuestro caballo  
 como el de don Roldane !  
 Muchas veces le oí decir  
 en el palacio imperiale,  
 que si se hallaba cercado  
 de moros en algún lugare,  
 al caballo aprieta la cincha,  
 y aflojábale el pretale,  
 hincábale las espuelas  
 sin ninguna piedade :  
 el caballo es esforzado,  
 de otra parte va á saltare.—  
 Gayferos de qu'esto oyó  
 presto se fuera á apeare ;  
 al caballo aprieta la cincha,  
 y aflojábale el pretale ;  
 sin poner pié en el estribo  
 encima fué á cabalgare,  
 y Melisendra á las ancas,  
 que presto las fué tomare.  
 El cuerpo le da y cintura  
 porque lo pueda abrazare  
 al caballo hincan las espuelas  
 sin ninguna piedade.  
 Corriendo venían los moros  
 aprieta y no de vagare ;

las grandes voces que daban  
 al caballo hacen saltare.  
 Cuando fueron cerca los moros  
 la rienda le fué á largare ;  
 el caballo era ligero,  
 púsolo de la otra parte.  
 El rey moro qu' esto vido  
 mandó abrir la ciudade ;  
 siete batallas de moros  
 todos de zaga le vane.  
 Volviéndose iba Gayferos,  
 no cesaba de mirare ;  
 de que vido que los moros  
 le empezaban de cercare,  
 volviése á Melisendra,  
 empezóle de hablare :  
 —No os enojéis, mi señora,  
 seráos fuerza aquí apeare,  
 y en esta grande espesura  
 podéis, señora, aguardare,  
 que los moros son tan cerca,  
 de fuerza nos han de alcanzare,  
 vos, señora, no traéis armas  
 para haber de peleare ;  
 yo, pues que las traigo buenas,  
 quiérolas ejercitare. —  
 Apeóse Melisendra  
 no cesando de rezare,  
 las rodillas puso en tierra,  
 las manos fué á levantare,  
 los ojos puestos al cielo  
 no cesando de rezare :  
 sin que Gayferos volviese  
 el caballo fué á aguijare.  
 Cuando huía de los moros  
 parece no puede andare,

y cuando iba hacia ellos  
 iba con furor tan grande,  
 que del rigor que llevaba  
 la tierra hacia temblare.  
 Donde vido la morisma  
 entre ellos fuera á entrare :  
 si bien pelea Gayferos,  
 el caballo mucho mase.  
 Tantos mata de los moros  
 que no hay cuento ni pare ;  
 de la sangre que salía  
 el campo cubierto se hae.  
 El rey Almanzor qu' esto vido  
 empezara de hablare :  
 — ¡ Oh válasme tú, Alá !  
 ¿ Esto qué podía estare ?  
 ¡ Que tal fuerza de caballero  
 en pocos se puede hallare !  
 Debe ser el encantado  
 ese paladín Roldane,  
 ó debe ser el esforzado  
 Renaldos de Montalvane,  
 ó es Urgel de la Marcha  
 esforzado y singulare ;  
 no hay ninguno de los doce  
 que bastase hacer lo tale.  
 Gayferos que esto oyó  
 tal respuesta le fué á dare :  
 — Calles, calles, el rey moro,  
 calles, y no digas tale,  
 muchos otros hay en Francia,  
 que tanto como estos valen ;  
 yo no soy ninguno d' ellos,  
 mas yo me quiero nombrare :  
 soy el infante Gayferos,  
 señor de París la grande,